

despojadas de su acritud por efecto de la distancia, pero á pesar de eso todos se miraron con sorpresa.

—¿No notáis que el carácter de Armando ha cambiado mucho desde hace algún tiempo?—dijo Cravant.—Está taciturno, ¡él, antes tan alegre, se ha hecho receloso... un hombre que era tan confiado!

—¡La edad!—exclamó alegremente la baronesa Tresorier.

—¡La edad! ¡Pues hombre! ¿Está tan cerca de la decrepitud á los cuarenta años? ¡Me asombr!

—¿Pero el conde tiene cuarenta años?—interrogó Lydia con marcada extrañeza.

—Justos. Acaba de cumplirlos—respondió Pablo.

—¿Bueno, y qué vale eso? Yo tengo cuarenta y dos y me jacto de ello—dijo Tresorier.

—No sé por qué—replicó la baronesa.

—¿Por qué? Porque los soporto mejor que muchos los treinta. Armando y yo pertenecemos á la hermosa generación que hizo la guerra. La miseria y las privaciones vigorizaron nuestro cuerpo.

—¡La miseria y las privaciones!—exclamó la baronesa.—Di eso del conde, que sufrió la campaña entre la nieve y ante las bombas enemigas... Pero tú...

—¡Cómo yo!—dijo Tresorier rojo y altivo como un gallo.

—Sí, tú. Perteneceías á la plana mayor de la guardia nacional y tenías tiempo sobrado para calentarte las manos en el intervalo de vuestras salidas... como que era bastante largo el intervalo. ¡Oh! Bien me acuerdo... te conocía ya, pues aunque era muy niña tenía muy buena vista. Cuando te volví á ver después del sitio me parecíste más grueso.

Tresorier lanzó terribles exclamaciones.

—¡Es infame lo que dices!... Sé sincera un minuto si puedes, y dime quién parece más joven entre Armando y yo.

—¡Armando!—respondieron á un tiempo la baronesa y Cravant.

—¡Bueno! Eso lo decís por no dar vuestro brazo á torcer—dijo Tresorier.—¡Ya me lo esperaba! Pablo es muy galante con mi mujer, y justo es que no la contradiga. Pero tú no eres justa más que contigo misma. A la señorita Audrimont apelo. Conteste con arreglo á su conciencia.

—Pues bien—dijo Lydia—en conciencia diré que el conde no representa más que unos treinta años.

—¿Y yo?

—Usted no representa más de...

—¡Cuarenta y cinco!—interrumpió Pablo en medio de una risa general.

—¡Eres muy gracioso!—exclamó el barón.—¡Vamos! ¡Al trote! Los caballos han descansado ya bastante.

Llegó el carruaje; atravesaron todos juntos Beuzeval por la orilla del mar, y llegaron á Dives, donde ante la posada del Conquistador, les esperaba el conde. El parador, conocido de todos los viajeros y *turistas*, era un interesante modelo de la arquitectura normanda. La tradición, ayudada un tanto por los diversos patrones que se sucedieron en la casa, en el espacio de cincuenta años, señalaba aquel punto exacto de la costa como el sitio en que se embarcó para ir á mandar la invasión triunfante á Inglaterra y su dominación prolongada el valiente Guillermo. Debido á eso conservaba el nombre del Conquistador, pintado sobre la puerta. No debía su notoriedad solamente á su glorioso patrón, sino al modo de hacer el salmorejo de pato, especialidad de la casa. Los gastrónomos, unidos á los arqueólogos, habían dado fama al establecimiento.

En el momento en que la condesa y sus amigos descendían del carruaje y de los caballos, un *break*, ocupado por parisienses que habían acudido allí á pasar un día de campo, partía en dirección de Cabourg. Eran las doce del día, y, en el comedor general de la posada, todas las mesas estaban llenas. Daba al jardín una salita que Armando había mandado preparar con la mayor sencillez, pues lo mismo en la habitación que en la mesa, las flores y las pirámides de frutas constituían el único adorno.

Cansados del camino, los convidados se sen-

taron y les sirvieron dos gruesas normandas, frescas y sonrosadas, en vez de los antipáticos mozos que con estudiada viveza y actitudes de peluqueros os veis obligados á sufrir todo el año en los grandes *restaurants* de París. Todos se colocaron á su gusto; la señora de Fontenay entre Tresorier y su marido; enfrente Lydia, cuya derecha ocupaba la señora de Jessac y Pablo Cravant, y á los dos extremos la señora Tresorier y Firmont. El sol penetraba por la entreabierta ventana, y un tropel de abejas, atraídas por el perfume penetrante y dulce de una clemátida, pasaban á través de los dorados rayos que, amortiguados por las ramas, jugueteaban en la cristalería de la mesa, en el blanco mantel y en los rostros de los comensales.

Era una de esas horas en que el corazón sufre las influencias de un medio ambiente reposado y experimenta una languidez suave. Charlando alegremente, sin cuidados ni preocupaciones, se hallaban bajo la impresión de aquel bienestar delicioso. Llegó un instante en que todos hablaban en voz baja, como para no turbar la intimidad de aquel momento, cuyo encanto no tenía límites. En medio del ardor canicular, entre ramas y flores, ante el grandioso espectáculo que ofrecían las olas del mar rompiéndose en la playa, se sentían dichosos.

Armando olvidó por un momento sus sombrías tristezas y se mostró tal como le habían conocido

todos, excepto Lydia; esto es, amable y cariñoso compañero, anfitrión lleno de atenciones y finezas. La señorita Audrimont no pudo menos de dirigirle una mirada impregnada de admiración y asombro, que fué para el conde un bálsamo consolador; sintió por vez primera que agradaba á la joven y su satisfacción fué inmensa. Mina, feliz al verle recobrar su verbosidad y no sospechando la fuerza que le daba impulso, le sonrió animándole. Lydia tenía razón cuando poco antes dijo que el conde no representaba más de treinta años, pues al mostrarse tal cual era, animado, joven, con la mirada brillante y los labios entreabiertos por una sonrisa, estaba verdaderamente seductor. Todos se veían subyugados ante su irresistible atractivo, y durante el almuerzo no tuvo rival. Lydia le escuchó con una atención que Pablo no quiso distraer. Casi desde el comienzo de la comida el elegante Cravant sostuvo sólo la animada conversación de Armando á fuerza de réplicas incisivas: éste fué el héroe, el rey absoluto de la fiesta.

El final de la comida sirvió de término á su triunfo. Se levantaron, y cada cual recobró su independencia por tiempo ilimitado. Antes de marchar, y á fin de dar descanso á los caballos, convinieron en pasearse á orillas del mar, y hacia él se dirigieron; las señoras bajo la transparencia rosada de sus sombrillas, dejando impresa su huella en la arena de la playa, iban seguidas

de los hombres, que llevaban sillas de tijera en la mano, por si alguien queria sentarse. Firmont, electrizado por el espectáculo del mar y siempre dispuesto á traducir sus sensaciones por una relación en prosa ó verso, comenzó á declamar *El Advenedizo*, que tanto había oído á Coquelin y á Mounet-Sully. Enronquecía ó gangueaba, segun venía á su memoria el recuerdo del trágico ó del actor cómico, pero dueño de sí, sincero siempre, y, por lo mismo, comunicativo, se hacía escuchar con placer, sin que nadie deseara interrumpirle. Una salva de aplausos estalló cuando acabó de pronunciar el último hemistiquio con aspecto feroz y mirada penetrante.

Detuviéronse ante unas cuantas barcas tumadas en seco sobre la arena, que esperaban la subida de la marea para ponerse á flote y salir á la pesca. Dominados por el sofocante calor, frente al mar, amarillento en la orilla de la playa y azul á mayor distancia, escuchando el rumor de las olas cargadas de blanca espuma, permanecieron silenciosos. Después, distraídamente y sin volver la cabeza, como fascinados por la extensión que se abría ante sus ojos, comenzaron á charlar de fútiles incidentes de su vida de bañistas, de un concierto que debía celebrarse en el teatro y de un baile próximo en el casino. Varios nombres de personas conocidas que habitaban aquel verano el país sonaron en la conversación, y todos merecieron una crítica ó una

observación sobre sus pretensiones, su lujo falso ó verdadero y su buena ó mala reputación. Desprovista de viveza y llena de indiferente murmuración, semejante charla constituía el fondo habitual de las discusiones de aquellos elegantes del gran mundo, para quienes las artes eran un pasatiempo fugitivo, el comercio y la industria letras muertas y la política motivo de horror y aburrimiento. Esto era lo que les obligaba á ocuparse sólo en tantas frivolidades distinguidas.

Hacía más de una hora que se hallaban distraídos con aquella lenta conversación, cuando la baronesa Tresorier, pareciendo despertar de un sueño, preguntó:

—Pero ¿y la señorita Audrimont, que hace un gran rato que no está con nosotros?

Todos se volvieron hacia el sitio que antes ocupara la huérfana, y en el mismo instante dijo la señora de Fontenay:

—Allí está paseándose con Cravant por el muelle.

A doscientos pasos de distancia, Lydia y Pablo paseaban entre las hileras de cestos vacíos y las altas pilas de madera del Norte, conducida allí para una construcción comenzada en la playa. Cansada de estar ociosa, aburrida por la conversación sobre gentes desconocidas para ella, se había levantado sigilosamente para pasear un rato á su gusto. Pablo, sentado tras ella, la había visto alejarse y la había seguido sin decir una

palabra, pero caminando á su lado lentamente. Poco á poco fueron entablando conversación y se alejaron del grupo de sus amigos, porque la marcha sobre la arena les fatigaba demasiado. Lejos ya del punto de partida, se olvidaron de sus abandonados compañeros.

Armando se levantó bruscamente y los contempló con desconfianza. ¿Por qué aquella secreta conversación y aquella silenciosa huida? Dudaba de que el alejamiento fuese casual, y un furor mal contenido estalló en su interior.

—Entremos en el parador y preparémonos para marchar—dijo Mina.—Así nos verán y vendrán á nuestro encuentro.

—Voy á avisarles—dijo el conde;—no parecen acordarse de nosotros, y llegarían á Beuzeval si no los detuviese.

No había terminado de hablar cuando avanzaba á grandes pasos entre las lanchas, atravesando la plaza y subiendo hacia el muelle. Al llegar al puente de Dives, en vez de presentarse, se ocultó lo más que pudo, como si su designio fuera sorprender á los fugitivos.

Su trabajo era inútil, porque los jóvenes se habían sentado y continuaban charlando con la mayor tranquilidad. El camino estaba desierto, el pequeño puerto vacío, y únicamente las gondolinas, que revoloteaban buscando pececillos en el fango, dejado al descubierto por el flujo, hubieran podido oírles. Lydia se había detenido

un instante ante un antiguo barco de pesca convertido en vivienda y sobre cuyas bordas había un grupo de muchachos. Dándoles algunas monedas, la había sorprendido Pablo, que la siguió por pura galantería para que no fuese sola.

No le había guiado ninguna premeditación ni había pensado: «voy á acompañarla, á buscar un pretexto, y á expresarla todo el entusiasmo que su gracia y su belleza me inspiran.» No era el barón tan hábil ni tan resuelto. Le encantaba la señorita Audrimont, desde su primera entrevista, más que ninguna mujer de las que él tratara hasta entonces, y eso que las había tratado adorables. Al pensar en ella constantemente, llegó á preguntarse si lo que sentía sería amor; pero entre eso y quemar sus naves, pronunciando decisivos votos, había una enorme distancia, un camino muy largo que recorrer antes de llegar al punto final del matrimonio. Porque con Lydia no era posible otro desenlace, y aun no pensaba en él el joven aristócrata. Muchas veces envidió al dichoso mortal que fuese con el tiempo marido de aquella mujer; pero nunca pensó en que podría serlo él. Sin embargo, bajaba una pendiente rápida, sin apercibirse de que era expuesta á una caída.

—¡Qué existencia tan extraña la de esas gentes!—dijo mostrando á Lydia una mujer que les miraba con curiosidad por una ventana abierta en el costado de una de las embarcaciones con-

vertidas en casas. Nacen, viven y mueren en un barco.

—A todos nos pasa lo mismo—respondió.—¿No es nuestro barco perpetuo la sociedad en que vivimos? Ellos viven en la miseria y nosotros en el lujo; esa es la única diferencia. No aseguraré que nuestra suerte sea mejor que la suya.

—¡Oh! Eso es filosofía igualitaria. ¿Va usted á hacerse socialista?

—No lo crea usted. Es que me acuerdo de lo que he visto en mi país, en las márgenes de San Lorenzo ó de los grandes lagos; en aldeas de una sencillez primitiva, viven multitud de familias en chozas de paja; el padre y los hijos cazando, la madre y las hijas cuidando el hogar, teniendo por todo horizonte el agua azulada, los bosques verdes y el oscuro color de la tierra. Nada cómodo hay en sus miserables viviendas, nada ambicionan sus cerebros, sumidos en la ignorancia más completa de las satisfacciones intelectuales, y, sin embargo, son dichosos, y me han hecho pensar muchas veces en que efectivamente debían serlo. Veía al propio tiempo á mi padre consumido por la angustia de las especulaciones comerciales, dominado por la fiebre, esperando un alza ó baja en los géneros para emplear un buen puñado de oro; comparaba su agitación dolorosa con la tranquilidad de aquellos seres y comprendía la dicha de los ignorantes y de los pobres. Mi padre era envidiado

de todos, se le consideraba como un personaje de gran importancia, y, sin embargo, era más digno de compasión que el último de los habitantes de la llanura.

—Le quería usted mucho, y él quería tanto á usted como á su esposa.

—Sí, pero gozaba menos con nuestra ternura que aquellas gentes con la de su mujer y sus hijos. Le distraían demasiado los negocios. ¡Oh, amarse exclusivamente, subordinarlo todo á un afecto único... esa es la vida!

—Señorita Lydia—dijo Pablo con tono ligero, pero con repentina emoción—¿tiene usted realmente un corazón apasionado?

—No lo sé—respondió ella con aire soñador—pero no soy frívola, no quiero á todo el mundo.

Cravant sintió una emoción tan violenta, que por un instante quedó como aturdido. Luego, después de un corto silencio, y como si hiciera un gran esfuerzo para franquear un obstáculo supremo, dijo:

—¿Y á mí, me profesa usted algún afecto?

Ella se echó á reír, y mirándole de pies á cabeza, con aquel aire altivo que le prestaba un encanto tan picaresco,

—Es usted muy curioso—respondió.

—No es curiosidad; es amor.

—¡Qué honor para mí, señor barón!—dijo alegremente.

—No es usted formal, señorita Audrimont.

—¡Formal! ¡Ya lo creo! ¡No faltaría más! Si ahora hablara en serio rogaría á usted que volviese al lado de nuestros amigos, que se han quedado allí contando los granos de arena, y que consagrarse sus galanterías á la señora de Jessac ó á la señora Tresorier.

—Hace mucho tiempo que las he dicho todo cuanto tenía que decirles.

—¡Bravo! ¿Y cree usted que después de semejante confesión voy á seguir hablando con usted? Llegará un día en que, hablando de mí con alguna señora ó señorita, repita usted lo que acaba de decir de esas señoras con una fatuidad impertinente en sumo grado.

—No me ha comprendido usted. Hace diez años que conozco á la señora Tresorier y á la señora de Jessac; me he criado con ellas y nos conocemos demasiado para divertirnos con nuestras mutuas galanterías.

—¿De suerte que únicamente se dirige usted á mí por la curiosidad que engendra lo desconocido?

—¡Maliciosa! Se divierte usted en atormentarme, á pesar de saber que soy sincero.

—Ya es un mérito.

—Escúcheme usted solamente cinco minutos.

—Hace más de media hora que no hago otra cosa, y me parece que abusa usted.

Hablando de este modo habían llegado al fin del muelle, ante un barco con carga de tablones

de pino, destinados á la fábrica de aserrar madera de Dives, y allí se habían sentado á la sombra de una pila de maderos sobre otra comenzada á colocar, donde continuaron su conversación.

Pablo, dominado por un sentimiento que le sorprendía por su imperiosa fuerza, intentó pintar con lentitud y gravemente á Lydia el vacío que tenía para él la existencia de placeres que arrastraba desde hacía mucho tiempo. Al comprender de repente la esterilidad de ésta, se confesó que había tenido razón su compañera de paseo al juzgar dichosos á aquellos pobres pescadores que vivían frente al mar, al lado de su mujer y de sus hijos. Una dulce melancolía surgió en él junto á la adorable joven, y un cúmulo de ideas sensatas, rectas y ordenadas, que jamás habían acudido á su cerebro, y de las cuales se hubiera reído en otro instante, germinaban en su mente como débiles plantas en un terreno nuevo y fértil. Así se lo declaró á la huérfana, que le escuchó con asombro, no suponiendo que tan frívolo hombre de mundo pudiera metamorfosearse tan pronto en un hombre serio y manifestar sentimientos tan profundos.

—¿Pero sería usted capaz—dijo—de persistir en estas nuevas ideas durante quince días?

—Creo que podría hacerlo durante toda mi vida. Hasta hoy me ha faltado la ocasión propicia, ó tal vez la mujer que pudiera despertar en

mí estos sentimientos. Creo de buena fe que nada sería tan dulce para mí como amar fielmente y con todo mi corazón á una mujer, sin conceder importancia á cuanto no tuviera relación con mi amor. ¿Quiere usted probarlo?

Lydia recobró su modo de ser raro y su tono irónico.

—¿Por qué he de ser yo esa mujer? Busque usted otra víctima; yo no le he hecho á usted nada; tenga usted piedad de mí.

—No la pido más que permiso para amarla.

—Yo se lo permito á todo el mundo.

—Para decirselo... prosiguió.

—¡Ah, esas son exigencias extremadas!

—Y para rogar á usted que no tenga el propósito deliberado de no dejarse convencer.

—No puedo concederle, porque pretendería usted en seguida que le ofreciera mi corazón de rodillas y en una bandeja de plata.

—No pido su corazón de usted.

—Entonces...

—Su mano solamente—dijo el barón riéndose.—Esa lindísima mano blanca me bastará por de pronto. Estoy seguro de que el corazón vendrá después.

—Presuntuoso.

—No, no es presunción; es la conciencia del amor sincero que le profeso lo que me hace hablar así.

—¿Desde hace ocho días?

—Desde el día en que vi á usted por primera vez.

Entonces la expresó cuán grande había sido su impresión al hallarse frente á ella en casa de madama de Fontenay, su recuerdo guardado desde entonces y su alegría al volver á verla. Tal fué el tono de convicción y calor con que habló, que Lydia, hasta entonces muda y seria, llegó á sentirse conmovida.

Comenzaba á asombrarse verdaderamente de aquella transformación, y casi se enorgullecía de ella como de una victoria. El barón tomó una de las manos de la joven, que oprimió entre las suyas, lleno de encanto al ver que no la retiraba, cosa que no hacía por abandono, sino porque no había advertido tal abuso. Ella le escuchaba sumida en profundas reflexiones, como todas las mujeres del nuevo mundo cuando la gran palabra *matrimonio* suena en sus oídos, no porque pensara casarse con Cravant, sino porque, por primera vez, la idea del matrimonio se materializaba á sus ojos, personificándose en un hombre que podía, si la era grato, convertirse en su marido.

Le miró lentamente por primera vez, como para escudriñar su carácter en las líneas de su rostro. Poseía el barón correctas facciones, aunque un poco afeminadas, y por una extraña y misteriosa coincidencia la masculina y altiva fisonomía del conde se evocó ante ella, parecién-

dola que, al lado de Armando, Pablo era un niño. El hombre por quien hubiera querido ser amada, protegida, defendida toda su vida, era aquel soldado vigoroso y audaz; pero una sombra oscureció rápidamente su pensamiento al recuerdo de los meses transcurridos, durante los cuales el conde, puntual y afectuoso, pasaba largas horas á su lado. ¿La amaba acaso él, de quien la separaban insuperables obstáculos? Jamás había pronunciado una palabra que pudiera hacérselo creer, y, sin embargo, si hubiera tenido que decidir, entre él ó Cravant, cuál era el más ardientemente enamorado, hubiera convenido con amargo pesar en que lo parecía el conde.

—¿En qué piensa usted?—preguntó el barón inquieto por su silencio.—¿Será usted indulgente conmigo?

—Me parece que no; no me inspiran confianza esos enternecimientos repentinos. Está usted desterrado voluntariamente; cediendo al aburrimento superlativo de las estaciones balnearias busca usted distracciones y me ha elegido como blanco de sus galanteos... Usted se ha dicho: «Esta muchacha llega de América, será distinta de las demás; me ayudará por medio de una guerra sentimental á entretener el tiempo hasta que llegue la época de la caza.» ¿No es esto?

—Justo—respondió Cravant con perfecta calma;—bien pronto tendrá usted, si quiere, la prueba...

—¿Y esa prueba será...?

—La más concluyente que un hombre puede dar de su amor.

—La espero con curiosidad.

Al pronunciar estas palabras un ligero ruido la hizo volver la cabeza y levantarse con prontitud. El conde de Fontenay, muy pálido, estaba detrás de ella.

—¿Hace mucho que está usted ahí?—le preguntó turbada.

—Acabo de llegar—respondió él con alterada voz.—Esos señores me envían á buscar á ustedes. Es tiempo de que partamos.

—¿Pues qué hora es?

—Las tres.

—¿Ya?

Con una sonrisa burlona miró á Pablo y á Lydia, y dijo:

—Veo que el tiempo no les ha parecido largo.

Su rostro, su acento, su actitud, revelaban un dolor tan real, tan profundo, aunque se esforzara en permanecer impasible, que la joven, conmovida, permaneció silenciosa. Empezaron lentamente el regreso á la posada, á cuya puerta se veían los caballos y el carruaje. El conde, volviéndose hacia Pablo, le dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de prevenir á los amigos que marcharemos cuando gusten?

Desapareció el barón, y Armando y Lydia, que habían quedado solos, cambiaron una mira-

da llena de turbación. Apenas podía el conde contener los violentísimos reproches que acudían á sus labios, y al fin, no logrando dominarse, cogió á la señorita Audrimont por la muñeca, la atrajo hacia sí, y queriendo penetrar con su mirada hasta el fondo de su corazón, la preguntó con furia:

—¿Le ha dicho á usted que la ama?

La aspereza del tono, la forma injuriosa de la pregunta, la manera casi brutal con que la oprimió irritaron á la huérfana, que, sosteniendo su mirada con parecida rudeza, le contestó:

—¿No tiene derecho á decírmelo ó acaso tengo obligación de no escucharle?

Armando vaciló, sus labios temblaron y su frente se inundó de sudor.

—Si se lo ha dicho—replicó—¿qué le ha respondido usted?

—¿A usted qué le importa?

El conde, con voz casi ahogada por las lágrimas, replicó:

—Lydia, compadézcame usted, se lo suplico; soy muy desgraciado.

Ella le miró con más dulzura. Aquella tristeza tan verdadera impresionó nuevamente su corazón, y moviendo la cabeza con gravedad le dijo:

—Conde, si soy la causa de los disgustos que le apenan, me alejaré.

—No—repuso él con aire suplicante—no se

enoje usted, pero sea bondadosa y dígame lo que ha respondido á ese hombre.

—Pues bien, le he respondido que había aquí distracciones más importantes para él que la de hacerme el amor.

El rostro de Armando se llenó de alegría; inclinóse ante su prima, y casi en voz baja, como si sintiera vergüenza de lo que decía, murmuró:

—¡Gracias!

VIII

Acababan de comer, y mientras los señores de Tresorier sostenían un animado diálogo con Armando, la condesa, del brazo de Pablo de Cravant, recorría lentamente el jardín de la villa Fontenay, alrededor de los canastillos de flores que exhalaban delicioso perfume. Contemplando el mar, que golpeaba el borde de la playa con sus murmurantes olas, departían en voz baja, evitando aproximarse al grupo de sus amigos, como si temiesen ser escuchados. En el mismo momento de levantarse de la mesa, y mientras servían el café en la terraza, y los caballeros encendían los cigarros, Mina y el primo de su marido, como impulsados por un mismo resorte, habían salido al jardín.

—Nos ha secuestrado usted á la señorita Au-

drimont—dijo la condesa á Pablo con aire indiferente, pero examinándole de reojo.

—¿Ha disgustado á usted eso?

—De ningún modo. Supongo que ese pequeño *tête à tête* ha complacido á usted, y no soy tan egoísta que me queje de ello.

—Confiese usted que he hecho bien en aprovechar la ocasión, puesto que la señorita Lydia nos ha abandonado esta noche.

—Sí, al volver, manifestaba menos alegría que esta mañana, y una hora antes de comer me ha avisado que no comería con nosotros. Es un poco caprichosa.

—Tal vez por eso sea tan seductora.

—¿Le gusta á usted decididamente?

—No tengo por qué ocultarlo.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Se lo he dicho.

La condesa se detuvo, miró fijamente al barón con un aire que él llamaba de princesa, y con voz muy dulce le dijo:

—Lo sospechaba, y por eso he querido hablar un instante con usted esta noche. Usted es un caballero y comprenderá las obligaciones que me impone la hospitalidad ofrecida por mí á nuestra prima. Al entrar en mi casa, Lydia se ha colocado moralmente bajo mi protección, y como mi edad me permite tratarla como si fuera mi hija, tengo derecho á preguntar á usted afectuosamente cuáles son sus intenciones.